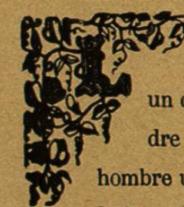




CAPÍTULO SÉPTIMO

El progreso y los pueblos progresivos.



La idea del progreso es eminentemente cristiana. El progreso no es en el Cristianismo sólo una ley reconocida por la conciencia; es también un deber impuesto á la voluntad. «Sed perfectos, nos dice Jesús, como mi padre que está en el cielo.» El cristianismo ha levantado, pues, á los ojos del hombre un ideal del progreso, y aunque no pueda el hombre alcanzarlo nunca en la tierra, moverá siempre su voluntad á ir en pos de la perfección, «Sed perfectos como mi padre, que está en el cielo.» Es decir, acercáos á Dios, en cuanto vuestra naturaleza lo consienta. Y como Dios es verdad, bondad y hermosura perfectas, el hombre debe perfeccionar cuanto le sea dable su verdad, la ciencia; su bondad, la moral, la política, la sociedad; su hermosura, el arte. Por eso puede con razón decirse que el reinado del Cristianismo en la Historia es el reinado del espíritu. Y como el espíritu es inmensamente activo, el reinado del Cristianismo es también el reinado del progreso. Ved con cuánta razón deploro que se intente hacer á esta divina religión cristiana cómplice del absolutismo por esos hombres dados á respirar el fétido aire de los sepulcros, tomando el fuego fosfórico, el fuego fatuo producido por la descomposición de los cadáveres, como la eterna luz de la verdad y de la ciencia. ¡Y aún se duda de que el Cristianismo haya derramado la idea del progreso en la Historia! Jesús divinizó esa virtud progresiva que se llama esperanza: Jesús prometió que los hombres, hijos de un mismo padre, hermanos, por ende, llegarían á tener un solo altar y un solo Dios. Este sentido de progreso debió seguir influ-

yendo en las obras de los Padres de la Iglesia. San Pablo enseña esta misma idea cuando dice que el hombre tenía nociones oscuras de Dios; porque era niño, y como niño su razón era débil; pero que, cumplidos ya los tiempos proféticos, debía Dios mandarnos su Verbo y adoptarnos por sus hijos. Los Padres de la Iglesia recogieron esas ideas, y las enseñaron al mundo maravillado. Y si no, explicad ¿qué significa la celeste esperanza refulgiendo sobre la *Ciudad de Dios* de San Agustín? Destronada Roma; vendida en el Senado la estatua del valor; arrojados por los sacerdotes paganos los dioses á la voracidad de los bárbaros; triunfante el godo Alarico en el Capitolio; teniendo en sus manos el manto de los Césares empapado en sangre romana, pronto á arrojarlo tal vez en los hombros del último de los soldados; inundada de ostrogodos Grecia, de visigodos Italia, de francos y burgundos las Galias, de suevos y vándalos España, de Alanos el África; convertida toda la tierra en una hoguera, todo el cielo en espantosa tormenta; mientras que los paganos, sin fe en la mente; sin esperanzas en el corazón, ciegos por haberse apagado el antiguo ideal romano maldecían la edad de dolor en que vinieran al mundo, y renegaban de los dioses y de los hombres; San Agustín escribe su *Ciudad de Dios* al centelleo de las hogueras, tomando su acento á la tempestad; la *Ciudad de Dios*, rayo de luz en aquella espesa nube, iris de paz en aquella tremenda tempestad; santa consoladora esperanza que enseña al mundo á convertir los ojos al norte de la Providencia, y á creer que del horno de aquellas guerras va á salir la humanidad más grande, más hermosa, más fuerte, como poseedora de la única fuente de la verdadera vida, que es el espíritu divino. Imposible ya que esta idea se borra completamente del humano espíritu. Las crónicas trazadas en la Edad Media por los monjes, principiando siempre con el principio del mundo, nos dieron la unidad de la Historia como el Cristianismo había enseñado la unidad de toda la especie humana. Todas estas ideas muestran que la noción del progreso, aunque oscurecida, no se extinguió por completo. Un escritor, no seguramente católico, ni aun espiritualista; un escritor dado al materialismo, á esa doctrina que repugna tanto á mi corazón como á mi conciencia, Comte ha dicho: «Es evidente también que la gran noción filosófica del progreso humano comenzó á surgir universalmente, por más imperfecta é incierta que en aquella sazón fuera, de los esfuerzos empleados por la Iglesia para mostrar su fundamental superioridad sobre todos los sistemas anteriores». Y esto lo digo saliendo al encuentro á los que con un sentido filosófico más ó menos claro niegan que el Cristianismo trajera la noción del progreso al mundo. Otro escritor, y éste católico, y católico que ha muerto por su virtud viva y por su fe religiosa en olor de santidad, y cuyas obras han sido publicadas por el clero francés, Mr. Ozanam, exclama: «Con el Evangelio comienza verdaderamente la doctrina del progreso». Y esto lo digo para ocurrir á las observaciones de aquellos que con un sentido religioso más ó menos claro, niegan que nazca del Evangelio el dogma del progreso. Esta idea naturalmente se esclareció en la filosofía; porque la religión, que nos ha dado las verdades divinas y las

verdades morales, influye en la verdad científica. Esta idea se ha esclarecido en la filosofía moderna. Bacon, Bossuet, Turgot, Kant, Fichte, Hegel, Saint Simon; todos estos ilustres filósofos, pensadores ilustres, cada uno según su escuela, según su doctrina, por este ó por otro camino, todos han convenido en el dogma fundamental del progreso. Todos conocéis sus principios. Pero lo que sin duda no recordáis en este momento es el nombre de un mártir ilustre en los anales de la libertad y de la ciencia; que oprimido de dolores, cercado de inmensos males, trazó con mano segura y corazón entero el dogma del progreso á la pálida luz de las mismas teas que iban á consumir su vida. Hablo de Condorcet y de su libro *Sobre la perfectibilidad humana*. ¿En qué tiempo se escribió este libro! Recordadlo, la revolución francesa está en su período de delirio; Francia embriagada por sus ideas, se ve poseída de una gran demencia como la Pitonisa en su tripode; la sociedad padece acerbos dolores al dar á luz una nueva idea política; el terror domina como absoluto dueño en la Convención; el verdugo reina en la plaza pública; las calles de París resuenan con el estridente ruido de las carretas que arrastran á millares los desgraciados al cadalso; las instituciones antiguas reciben como si fuera la celebración de sus funerales una sangrienta serie de sacrificios humanos en la Vendée; el nuevo mundo político se desgarró sus propias entrañas en la Gironda; los reyes de Europa rodean con sus huestes la Francia para ahogar aquel gran hervidero de ideas y de pasiones que iba á fundir en sus frentes la corona del antiguo absolutismo; el pueblo va devorando uno á uno sus hijos; Barbaroux es pasto de las fieras; la inteligencia de Buzot se apaga en un lago de sangre; la cabeza de Vergniaud, que había infundido su espíritu á la revolución, que le había dado la poesía de su genio y de su palabra, cae en el cesto de la guillotina entre los aplausos de aquella misma muchedumbre que días antes recogía entusiasmada el eco de su voz al pie de la tribuna; y en medio de aquellos horrores, Condorcet perseguido, oculto, con la cuchilla del verdugo pendiente sobre su cabeza y el abismo de la muerte abierto á sus plantas, desgarrado el corazón, sabiendo que la desgracia se ceba en su familia, en sus amigos, entre estos horrores, decía, escribe con mano segura su dogma del progreso, como pudiera hacerlo un tranquilo solitario en su tranquila celda; y cuando por fin la muerte hiere su cabeza, cuando cae como todos los ilustres varones de Francia al pie del ara de la revolución, lejos de prorrumpir en maldiciones como Bruto, muere abrasado de fe, radiante de esperanza: alma hermosa, que como el águila supera las tempestades y alza el vuelo sobre las negras nubes, y mira con mirar tranquilo y sereno, sin curarse del rayo que hiere bajo sus alas, el sol de la libertad y del progreso que inunda de luz su corazón y su conciencia.

Así los pueblos progresivos del planeta son los pueblos verdaderamente cristianos. Mientras aquellos, que caen fuera del Cristianismo, quedan inmóviles y petrificados en sus tradiciones, los pueblos cristianos entran en las vías del progreso con verdadera resolu-

ción. ¿Quién puede jamás dudar que nuestra patria es desde su formación, por reveladora de América, y por apóstol de la libertad en este nuestro siglo, un Estado esencialmente progresivo, puesto que tiene aliento para extinguir las hogueras del Santo Oficio que le habían hecho creer era el calor de su vida, y para destrozar la monarquía histórica que le habían hecho creer era el organismo inseparable de su gloria y de su fuerza, unido á ella por lazos de todo punto indisolubles? Al par que se iba formando el gran Estado español, también se iba formando el gran estado francés. La nación de Voltaire ha sido la hija predilecta del clero y la espada del Pontificado en los primeros siglos de la Edad Media. Y esa misma nación, patria de Vergniaud y de Robespierre, ha sido también la nación por excelencia de la monarquía. Quizá el espíritu de nuestro Continente, porque hay espíritu de nuestra Europa, como hay espíritu individual de cada nación, como hay espíritu del mundo, necesitaba un factor intelectual tan importante como la Iglesia, y otro factor político tan importante como la monarquía, para formar en el centro de nuestra tierra europea ese grande núcleo, cuyo poder debía atraerse fuertemente á los demás pueblos y servir á la cultura universal. Destacada del imperio carolingio en el siglo IX, su monarquía aparece como una sombra durante cien años, según los pobres, débiles y tímidos que son sus reyes. La elección de Hugo Capeto cambió la naturaleza de tal institución, dándole otra más fuerte dentro de su organismo nativo. Los Capetos no repararon en medios, estimulándolos iguales todos, si conducían al verdadero logro de su ambición: el establecimiento de un territorio, lo extenso posible, vinculado en su nombre y sirviendo como de hacienda patrimonial á su dinastía. Los vigorosos preceptos de la ley sálica, que proscribían las hembras del trono, y la fortuna casual de generar por espacio de tres siglos seguidos varones que recogieran la diadema en línea directa, prestaron á los Capetos los auxilios del tiempo, eficaz para dar á todas las creaciones sociales y naturales robustez, mucho más, si estas creaciones son de privilegio, y necesitan de ciertos prestigios para dorar los blasones y las coronas de quienes las personifican. Los recuerdos carolingios, que habían logrado legitimar como Césares verdaderos á chambelanes usurpadores y rebeldes; la consagración eclesiástica por el óleo santo en las iglesias primadas ó basílicas; la supremacía de autoridad y jurisdicción señorial sobre los mismos señores feudales, ganando unas veces por fuerza y otras por astucia, la debilidad natural del Estado llano constreñido á buscar sombra para sus combatidas libertades en la copa del grandioso árbol que se llama solio, le permitieron á la familia capetiana y á sus derivados coger los feudos diminutos que cruzaban á guisa de aerolitos en alas de la guerra por los ensangrentados espacios; aprovechar las debilidades, bien del rey Juan, ó bien de la reina María de Inglaterra, reconquistando desde territorios como la Turena y el Poitou, hasta ciudades como Calais; expulsar las dinastías feudales de la Provenza en la guerra de los Albigenses y alzarse con los territorios del duque de Borgoña, y con los feudos del condestable Borbón en

una serie de porfías admirables, obtener de Champaña un feliz matrimonio de Felipe el Hermoso; incluir tras la guerra de los cien años, entre sus dominios la Aquitania toda, y llevar sus límites hasta el Pirineo; arrancarle al imperio Arlés; reincorporar á la corona el Delfinado y la ciudad romana de Lyon; constituir, al cabo, esa unidad fortísima que coronó Luis XIV con sus victorias sobre las dos fronteras de Oriente á Occidente, hasta que, definitivamente, la consagró con sus medios creados la revolución, formando la grande nacionalidad moderna, democrática, liberal, republicana, civilizadora en el centro de nuestra Europa, suscitada contra ella por medio de sus reyes, los cuales se conjuraron para extinguir el espíritu revolucionario, y al fin y á la postre de hinojos caídos en adoración á sus plantas por la incontestable superioridad de sus ideas reveladoras y de sus instituciones progresivas. Esperemos en Dios, que tan alta unidad, constituida fuertemente al centro de nuestro continente, resultará en lo porvenir como en la capitalidad moral de una grande confederación semejante á la fundada por las viejas ligas anfictionicas.

¡Cuántos contrastes en el mundo! Parece que las naciones más próximas en el espacio han de resultar las más dispares por sus respectivas inclinaciones y por sus íntimos temperamentos. Opuestas la China y el Japón, opuestas Fenicia, de raza semítica, y Grecia, de indo-europea sangre, siquier la una termine Asia y empiece la otra Europa; muy opuestas Cartago y Roma, colocadas en dos riberas fronterizas del Mediterráneo quizás para comprenderse ó relacionarse, y no para combatirse; muy opuestas Italia y Alemania, muy opuestas Alemania y Austria, mucho más opuestas aún Austria y Rusia. Pues la misma grande oposición reina entre Francia é Inglaterra. En la una todo es variedad; en la otra todo unidad. La una es aristocrática por excelencia, la otra democrática. En Francia la idea del Estado predomina sobre la idea del individuo; en Inglaterra la idea del individuo predomina sobre la idea del Estado. Los franceses quieren ante todo la igualdad; los ingleses ante todo quieren la libertad. Cuando en Francia existe un gran Parlamento, este Parlamento parece grandiosa dictadura como le sucedió á la Convención; y cuando aparece una Corte monárquica en Inglaterra, esta Corte misma se parece á un Parlamento. Francia debe llamarse la patria de las revoluciones; Inglaterra la patria de la evolución. Por tanto, ¡qué diferencia tan radical entre la formación de Inglaterra y la formación de Francia! Esta metida en todas las complicaciones continentales por su territorio y por su genio como el archipiélago británico; separada la otra de todas las complicaciones continentales. Mientras no puede contar la imaginación los átomos de que se hallan compuestos así los territorios italianos como los franceses y los hispanos, cuál sencillez en la composición histórica de Inglaterra. Sobre su raza primitiva de britanos y celtas, primero los latinos, que apenas la compenetran como compenetraron á España y Francia, convirtiéndolas durante todo el Imperio en verdaderas Italias. Tras los romanos los sajones, y tras los sajones los escandinavos. Después de los primitivos escandinavos los destacados del Norte de Francia,

y conocidos con el nombre de normandos. Estos sobreponen al individualismo nativo de los primeros sajones, y á la nativa democracia de los primeros escandinavos, la nobleza y la monarquía normandas. Esta monarquía y esta aristocracia sometieron las legiones componentes del Imperio británico, pero no se las asimilaron. Gales, Inglaterra, Escocia, Irlanda, quedaron cada cual con su nativa originalidad. Solamente se unen á la vida continental, porque admiten primero la religión Católica, que los relaciona con los Papas de la Ciudad Eterna, y porque se dejan conquistar por los duques de Normandía, que los relaciona con los reyes de Francia. A quien le haya ocurrido decir que los conquistadores quedan como una colonia directora, y á pesar de su dirección, muy á parte, se le ha ocurrido una gran verdad. Dos caracteres separan el Estado británico de todos los demás Estados europeos; la constitución de una Iglesia nacional como no lo tiene ningún otro Estado protestante, por medio del Anglicanismo, y la constitución de un Parlamento nacional, como no lo tiene ningún otro Estado moderno, por medio de su egoista y aislada, pero fuerte y santa revolución. Inglaterra se ha quedado en relación muy fraternal é íntima con Escocia, pero en relación muy difícil con Irlanda. Sin embargo, como si yo creo, solamente las naciones soberanas de sí mismas son verdaderas naciones, Inglaterra llegó primero que ningún otro pueblo europeo en sus evoluciones progresivas á constituir esa vida superior que se llama la nacionalidad. ¡Lástima que habiendo asociado á esa vida los dos países de Gales y Escocia, no haya conseguido jamás de Irlanda otro tanto! Inglaterra es otra nación progresiva.

Pero no en todos los pueblos penetra tan pronto cual penetró en Inglaterra la idea de nación. Mirad cuán tarda en llegar á nación Italia, incomparable, como Grecia, en el arte y en el saber. Hay para explicar tanta lentitud dos causas, que no pueden ocultarse á quien salude la Historia, y son, á saber: 1.ª, esa persistencia del Pontífice romano en conservar la supremacía intelectual; y 2.ª, ese gran sueño de la monarquía universal que penetra en el alma y en las entrañas de dinastías enteras. La persistencia del Papa provoca la revolución religiosa en el siglo décimo-sexto, y la revolución religiosa divide los pueblos europeos en dos ejércitos beligerantes. La Alemania del Norte, Suecia, con todos los escandinavos, Inglaterra sin Irlanda, la mayoría de los cantones helvecios, los holandeses forman á un lado, mientras España y Austria, y Baviera y Bélgica forman á otro lado, quedándose Francia en medio, la cual se inclina, según la corriente de sus ideas ó la presión de sus intereses, al uno ó al otro bando. El sueño de la monarquía universal desasosiega lo mismo á Solimán lanzado sobre Viena, que á Carlos V decidido á unir tierras tan dispares como Alemania y España. Francisco I, á pesar de su epicúrea y voluptuosa ligereza, siéntese asaltado por la misma obsesión que le arrastra fuertemente á soñar con el Milanesado y la corona imperial para despertarse prisionero en el Alcázar de Madrid. No es menos soñador Luis XIV, y por estos sueños se explican sus compe-

tencias con Alemania é Inglaterra, y su terrible acaparamiento de la herencia de España. ¡Cuántas guerras una y otra tendencia, la del Pontificado y la tendencia también de las monarquías á universalizarse contra las leyes que crean la variedad así en la Naturaleza como en la Historia! No se pasa un lustro sin un conflicto, desde que pontificado y monarquía se aferran á su propósito. Arde la guerra en todas partes. Los capitanes como Mauricio de Sajonia, y Alejandro Farnesio, y Filiberto de Saboya y Wallenstein, eclipsan á los grandes reyes. Italia y Alemania son dos campos de batalla más que dos naciones verdaderas. Ni la una ni la otra tienen cabeza que las dirija, corazón que les distribuya la sangre, nervios que relacionen sus órganos entre sí. En sus tierras se citan Carlos V y Francisco I, Enrique II y Felipe II, Richelieu y Olivares, como se citan los duelistas al sitio de sus duelos. Y no hablemos de Alemania. La guerra de los treinta años todavía se conoce hoy en su territorio. La naturaleza ha podido encubrir con su fecundidad el exterminio. Las enfermedades contraídas en aquel terrible y asolador esfuerzo la tienen aún como desangrada y anémica. El condotiero Wallenstein y el héroe Gustavo Adolfo, combaten como dos fieras al siniestro fulgor de las ciudades trocadas en verdaderas piras. Van daneses, normandos, italianos, croatas, bohemios, españoles, franceses, á pelear por pelear, metidos en las espirales de una inmensa tromba. Los electores, los marqueses, los burgueses, los obispos con espada y cetro, los Césares romanos, los Pontífices mismos, parecen presa de un vertigo sanguinario y no cuentan sus víctimas como no las cuenta en sus catástrofes la Naturaleza. Diríase que habíamos retrocedido hasta los tiempos de la primitiva barbarie y que habíamos bajado á las últimas esferas del mundo animal. Tan horrorosa fué y tan terrible la guerra de los treinta años, cuyo recuerdo ha dejado una especie de mileranismo apocalíptico en la mente y en la vida general de Alemania. Sin embargo, no puede negarse que Alemania es un pueblo progresivo por la Reforma y por la Filosofía.

Las guerras de religión han caracterizado á varios pueblos, cortos de territorio, largos y poderosísimos de influencia. Desde la fuente del Ródano á la fuente del Rhin, en el gran valle formado entre la cadena de los Alpes y la cadena del Jura, entrando en Alemania por medio de Basilea, en Francia por medio de Ginebra, en Italia por medio del Tesino, extiéndense los cantones helvéticos, que si deben al cielo de sencillos héroes personificado en Guillermo Tell, su independencia territorial y sus libertades políticas, deben al cielo de tribunos religiosos, personificada por Zuinglio, por Calvino y por Faurel, su independencia intelectual y religiosa. Perteneciente á la Suabia por su origen, la confederación helvética se recortó en Suabia los estrechos territorios consentidos á su democracia por tantas fuerzas feudales como entonces se disputaban la tierra en competencias cruentísimas. Erigida en los Alpes, ara sublime y de suyo apropiada muy armoniosamente á este gran templo de la libertad, tomó pie también, como ya hemos apuntado, en alguna región, alpestre de la